

FORMULACIÓN Y LUGAR DEL YO EN LOS NAUFRAGIOS DE ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA

Hay algo, en Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que lo separa de los demás cronistas de Indias. Su texto (hablo aquí de los *Naufragios* que escribió él mismo, no de los *Comentarios* recogidos por Pero Hernández) sin duda logra lo que se proponían, según Martínez Estrada, todos los cronistas: «enriquecer la aventura narrándola».¹ Pero los *Naufragios* desbordan la aventura enriquecida por la narración tal como se observa en otros cronistas. Hay por lo pronto en el texto una dimensión de la primera persona —una elaboración progresiva de la primera persona— que resulta notable: queda marcada en el momento en que un *yo* testigo pasa a ser, por escrito, un *yo* protagonista. Digamos, para simplificar, que se da muy pronto en el texto una alteración de la instancia de la primera persona, el paso —como siempre ambiguo— del sujeto de una enunciación hacia el sujeto de un enunciado. También hay en los *Naufragios* una dimensión claramente narrativa —y más aún: conscientemente narrativa— de la primera persona. Es el *yo* que organiza la historia, que usa el detalle no de modo denotativo sino connotativo, anunciando una concatenación narrativa sin duda más compleja de la que suelen tener las crónicas. Y por fin, se da en el texto de Alvar Núñez una experiencia del *otro* y de *lo otro* —de lo que está más allá del *yo* cronista, del *yo* protagonista; de lo que parece en un primer momento ajeno al *yo* narrador— que sorprende por su lucidez. Los *Naufragios* de Alvar Núñez se fundan en una diferencia.

Recordemos los hechos que relatan los *Naufragios*. Zarpa Alvar Núñez de San Lúcar de Barrameda, a mediados de 1527; es tesorero y alguacil mayor de Pánfilo de Narváez, quien ya conocía América. Narváez había sido gobernador de Cuba, también había intentado intervenir en la conquista de México. Ahora se lo envía para «conquistar y gobernar las provincias que están desde el río de

1. Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa* (Buenos Aires, Losada, 1942), p. 9.

Las Palmas hasta el cabo de la Florida ».² El itinerario que recogen los *Naufragios* es como el negativo, el reverso del mandato real: no se va primero a México (el río de Las Palmas es el Río Grande) para luego progresar hacia la Florida. En una palabra: no se sigue una ruta desde un centro « civilizado » hacia lugares por civilizar sino que se emprende el camino inverso: desde la incógnita —el lugar *blanco*— hacia el lugar de blancos o cristianos. Sin duda habrá habido razones porque así fuera —de la Florida a México y no de México a la Florida—. Pero aun cuando se encuentra la justificación objetiva del itinerario, persiste para quien lee a Alvar Núñez la noción —siempre activa— del *revés*. El resto de la historia es conocida. El itinerario por tierra, primero a caballo y luego a pie, lleva a Alvar Núñez y a algunos pocos de la Florida hasta México; la expedición dura ocho años, con hiatos, con estadías imprevisibles. Luego de haber pasado un año en México, Cabeza de Vaca regresa a España en 1537. Los *Naufragios* —titulados *Relación de lo acontecido en Indias*— se publican en 1542, es decir quince años después del comienzo de la aventura. (Por ese entonces Alvar Núñez cuenta unos cuarenta años y está en lo mejor de su fuerza; volverá a partir en 1540 como adelantado al Río de la Plata, viaje del que saldrán los *Comentarios* registrados por Pero Hernández.)

Si recuerdo algunas fechas, es sobre todo para apoyar las singularidades de este texto-crónica. Alvar Núñez sin duda no escribe una carta de relación, cuyo tiempo de lectura es el presente y cuyo destinatario inmediato sería el rey. Pero tampoco escribe la crónica tardía en la que por una razón u otra —pensemos en Bernal Díaz o, más tarde, en el Inca Garcilaso— prima el deseo vivido o rescatado como modo de corrección. Se trata de un texto híbrido. Ni escrito sobre la marcha para convencer a la autoridad, ni escrito con distancia para convencer a los lectores que han llegado después, los *Naufragios* es sobre todo —o por lo menos así lo veo— celebración personal en más de un sentido del término.

Paso a señalar algunos aspectos de la primera persona —diferentes inflexiones del *yo*— en el texto de Cabeza de Vaca. Primero señalo la situación que le permite establecerse: el desafío entre el gobernador y su tesorero, entre Narváez y el autor de los *Naufragios*.

2. Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y comentarios* (Madrid, Espasa Calpe, « Austral », 1957), p. 15. Todas las citas del texto de Alvar Núñez corresponden a esta edición. El número de página se pone entre paréntesis en el texto.

Más de una vez se señala la primera persona en el texto como el que « más le importunaba » (24) al gobernador. Habrá que tomar esta *importunidad* en su sentido más lato: el que no tiene puerto. Importuno, Alvar Núñez participa en una empresa notablemente desquiciada, de la que nadie —y menos aún Pánfilo de Narváez— quiere hacerse cargo. La « falta de puerto » —que al comienzo del texto es también falta de dirección por parte de la figura paternal y autoritaria de Narváez— se aclara en el capítulo X, titulado « De la refriega que nos dieron los indios ». Después de dicha refriega, por primera vez se consulta —es decir: Pánfilo de Narváez consulta— a Alvar Núñez, como interlocutor válido: « me preguntó qué me parecía que debíamos hacer » (39). Hay en este capítulo, por parte del personaje de Alvar Núñez, un maravilloso ejercicio de paciencia. Hace lo que se le ha pedido, agota todas las posibilidades de la orden que le ha sido dada hasta que comprueba su ineficacia. Entonces, sí, recurre al que emitió el mandato:

Yo le dije que pues vía la poca posibilidad que en nosotros había para poder seguirle y hacer lo que había mandado, que me dijese qué era lo que me mandaba que yo hiciese (40).

Pregunta harto importuna; la respuesta:

El me respondió que ya no era tiempo de mandar unos a otros; que cada uno hiciese lo que mejor le pareciese que era para salvar la vida (40).

A partir de este momento Alvar Núñez queda solo: es decir solo con *sus* hombres. (Como luego —al revés— dirá *mis* indios.) Entonces toma la expedición en mano, entonces se permite usar una primera persona insólita, ya no apéndice de la expedición de Narváez. Después de la ruptura con Narváez —recuérdese que Narváez lo ha abandonado, partiendo con la mejor barca y los mejores marineros—, es Alvar Núñez quien *toma el leme* —leme: timón—, quien se hace cargo de la expedición.

Tomar el leme, y en más de un sentido: el relato de Cabeza de Vaca se libera considerablemente a partir de la desaparición provisoria de Pánfilo de Narváez, cuya muerte queda registrada en el capítulo XVII de los *Naufragios*. *Tomar el leme* es, en este caso, hacerse cargo no sólo de una expedición o de lo que queda de ella sino —ya que Alvar Núñez escribe a distancia— de las repercusio-

nes de esa excursión que a distancia evoca, que *anota*. *Tomar el leme*, en una palabra, es escribir.

¿Cómo se presenta la primera persona en esta crónica? A partir de la desaparición de Narváez, sin duda como figura principal. El lector moderno habrá de habituarse a un *yo* no totalmente enfático —« Yo, vista su voluntad », « yo como vi esto » (40)—; y a la vez habrá de habituarse a un *yo* que se desliga del discurso de la crónica para hacerse cargo de sí mismo. El *yo, yo* que se opone a Narváez se transforma: literalmente se desviste. Cuando el gobernador lo abandona, Alvar Núñez y quienes están en su barca se confían a los indios. Y entonces, porque había que tratar de desenterrar una barca, « fue menester que nos desnudásemos todos » (42). Este desnudamiento es significativo: ocurre justo después del abandono de Narváez. Será cifra de una nueva *persona*, de un *yo* que actúa como sus compañeros, « desnudos como nascimos y perdido todo lo que traíamos, y aunque todo valía poco, para entonces valía mucho » (43).

Desnudo, Alvar Núñez habrá de pasar seis años entre los indios. Se integrará a la comunidad que lo acoge o más bien a las distintas comunidades que lo acogen; recuérdense los complicados pasajes: cada grupo lo lleva al otro y habrá siempre un indio que lo tome por la mano para llevarlo a su choza: « y cada uno de ellos tomó el suyo por la mano y nos llevaron a sus casas » (70). Es un pasaje visto como necesidad, porque hay que llegar a México. Si hay algo que nos falta en esta crónica —sobre todo si pensamos que ha sido escrita *de memoria*— es el dato personal durante esos seis años, años en que Alvar Núñez fue físico y también mercader. De esos años sabemos que tuvo « fama », que supo curar y también mercar, que se lo integró en varias colectividades acaso porque era *importante*. Era en suma el otro y a la vez el mismo: el que venía del Este y el que, con sus escasos compañeros, « mudábamos los cueros dos veces en el año, y con el Sol y el aire hacíansenos en los pechos y en las espaldas unos empeines muy grandes » (71) por los trabajos que hacía con los indios, y a menudo impuestos por los indios.

Contacto con lo otro. No fue fácil para Alvar Núñez, quien acusa muy temprano sus límites. Cuenta, sí, como otros comieron caballos, cómo otros comieron seres humanos, cómo Esquivel que al « último que murió... lo hizo tasajos, y comiendo de él se mantuvo

hasta primero de marzo » (57). Aun en el recuerdo que ha durado quince años, Alvar Núñez rescata el rechazo:

De mí sé decir que desde el mes de mayo pasado yo no había comido otra cosa que maíz tostado, y algunas veces me vi en necesidad de comerlo crudo; porque aunque se mataron los caballos entretanto que las barcas se hacían, yo nunca pude comer de ellos (44).

La declaración ocurre en el capítulo XII, cuando Alvar Núñez acaba de desprenderse de Narváez. En cambio el capítulo XXIII de los *Naufragios* lleva por título « Como nos partimos después de haber comido los perros », y comienza de la siguiente manera: « Después que comimos los perros, pareciéndonos que teníamos algún esfuerzo para poder ir adelante » (72). La declaración es significativa —signo del proceso de aculturación y de desnudamiento que caracteriza el texto de Cabeza de Vaca— pero hay signos previos de esa aculturación en los *Naufragios*. Por ejemplo, en el capítulo XI, relata Alvar Núñez cómo los indios les daban, a él y a sus escasos compañeros, un pedazo de carne. Ellos no la asaban porque el olor —dice Alvar Núñez— tentaría a los indios. Pero, y sobretodo porque de ser algo asado « no lo podíamos tan bien pasar como crudo » (71).

Aculturación, desnudamiento, reconocimiento: en el capítulo XV cuenta Alvar Núñez cómo él y sus compañeros impostaron la función de *físicos*. Les fue dada por los indios porque pensaban « que nosotros, que éramos hombres, cierto era que teníamos mayor virtud y poder » (49). Estos físicos que no saben curar, estos *hombres*, operan al principio por mímica: de algún modo soplar, santiguar porque así sea. Y por lo visto —según el texto de los *Naufragios*— así *es*. Se invierte aquí el orden de las tres etapas que ve Lévi-Strauss: las exigencias colectivas —lo que se necesita de estos hombres para que sean útiles— dictan, retroactivamente, la creencia en sus técnicas y, por fin, la creencia del propio físico en sus dones. La función de físico, cuando se la atribuye por primera vez, es Para Alvar Núñez objeto de burla. La eficacia de su práctica lo hace por fin creer en la impostura que lleva a cabo. Así esa curación del capítulo XXIX, donde ya no se trata de soplar, ni de santiguar, sino de operar, y Alvar Núñez opera « usando de mi oficio de medicina » (84), y acudiendo a una práctica empírica en la que ahora —después de la impostura— cree.

Reconocimiento y diferencia: los dos aumentan a medida que Alvar Núñez, a veces solo, a veces con otros, sigue su recorrido. Reconocimiento: uno de los pasajes más elocuentes de los *Naufragios* cifra el aprendizaje del otro:

...y aquella noche llegamos adonde había cincuenta casas, y se espantaban de vernos y mostraban mucho temor; y después que estuvieron sosegados de nosotros, allegabannos con las manos al rostro y al cuerpo, y después traían ellos sus mismas manos por sus caras y sus cuerpos, y así estuvimos aquella noche (72).

Diferencia: la que ocurre hacia el final del texto, entre cristianos. Los « cuatro cristianos de caballo » que lo ven, apenas vestido y distinto:

... recibieron gran alteración de verme tan extrañamente vestido y en compañía de indios. Estuvieron mirando mucho espacio de tiempo, tan atónitos, que ni me hablaban ni acertaban a preguntarme nada (98).

Creo que hay pocos silencios, anotados en un texto, tan elocuentes como éste. Añado como coda que al llegar a la ciudad de México, Alvar Núñez y los suyos fueron muy bien recibidos. El gobernador « de lo que tenía nos dio de vestir; lo cual yo por muchos días no pude traer, ni podíamos dormir sino en el suelo » (104).

Dejo de lado un interrogante obvio. ¿Para quién escribe Alvar Núñez? Si se miden las referencias al emperador se verá que ocurren al principio —antes de la separación de Narváez— y al final, cuando se pisa tierra de cristianos. Entre esos dos momentos se da un yo liberado, solo, que escribe para todos o para sí mismo. Un yo que no desconoce, por cierto, un plano narrativo; de quien podría decirse que lo descubre, a medida que avanza en su relato. Pienso en la narración que promete la mención de un objeto, de un detalle circunstancial que invita a un desarrollo posterior. Hay en Alvar Núñez —primera persona consciente de la ficción que teje— la mención de una sonaja de oro, de un manto de martas cebelinas, de un sueño, de calabazas horadadas, también de « una hebilleta de tala-barte de espada, y en ella cosido un clavo de herrar » (94). Es un lujo: con menos —o con más— se podría hablar de ficción.

SYLVIA MOLLOY
Universidad de Princeton